

# La Coruña de mi niñez

## recuerdos de los años veinte y treinta

JAVIER ALVAJAR LÓPEZ\*



Foto nº 1 (Ferrer).- Vista del Parrote, con la Cárcel vieja donde hoy se encuentra el Hotel Finisterre.

Poniendo en orden unos viejos papeles que pertenecían a mi padre, encontré el plano que reproducimos en este trabajo, obra del artista coruñés, José de Castro, quien, sabedor de lo mucho que mi padre amaba a su ciudad natal, le dedicó este dibujo y se lo envió a París, así como otro hermoso cuadro, que también guardo, de la ensenada del Orzán desde el monte de San Pedro hasta la Torre de Hércules.

Como el plano en cuestión es un fiel reflejo de La Coruña de 1920 y como se da la casualidad de que yo vine al mundo precisamente en ese mismo año, pensé que no estaba mal recordar mi niñez en los años aquellos (década de los años veinte y principios de los treinta).

\* Javier Alvajar López fue delegado del "Consello de Galiza" en Europa, secretario del Ministerio de Información, Propaganda y Archivos del Gobierno Republicano Español en el exilio, ... y Alcalde de Carral.

Me baso en el plano y en las postales que puso a mi disposición mi primo Javier Fuentes López, quien, dicho sea de paso, tiene una espléndida colección de más de 500 postales de La Coruña antigua, de las que entresaqué las que aquí reproducimos.

Así pues, empiezo a narrar lo que fue mi niñez y las cosas que más me impresionaron en aquel entonces.

Nací en la calle del Parrote, en una de las pequeñas casas de dos pisos que había enfrente de la puerta principal de la Iglesia de Santiago. En el primer piso de esta casa vivía con sus padres mi padrino, Domingo Quiroga Ríos, que, cuando me bautizó, esperaba que le ordenaran sacerdote, pues ya había terminado sus es-

tudios en el Seminario. Luego, causándoles el consiguiente disgusto a sus padres, emigró a Cuba dejando la ordenación y los estudios definitivamente.

Nada recuerdo de los días en que viví en la calle del Parrote, porque el mismo día en que me bautizaron, ardió la casa. Me contó más de una vez mi padrino cómo mi madre me sacó en brazos de entre las llamas mientras los vecinos más próximos se ocupaban de mis hermanas.

Nos fuimos a vivir con mi abuela materna al piso que ésta tenía en la calle de Herrerías, en la casa que estaba al lado de las Escuelas Populares Gratuitas, escuelas que, en aquellos tiempos llamaba la gente "Escuela del Caldo", porque en ella se quedaban a comer los chiquillos que asistían a clase.

Al final de la calle de Herrerías, dando ya al Campo de la Estrada, estaba la Escuela Laica de la que era profesor un tal Sr. López, del que decían las malas lenguas de La Coruña, según le tengo oído a mi padre, que era ni más ni menos que Catedrático de Blasfemias en la Escuela Laica.

El primer recuerdo que me causó una gran y, por qué no decirlo, desagradable impresión, fueron los soldados que hacían la guardia en el puente que, atravesando la calle, iba desde la Cárcel Vieja a la Audiencia que, en aquel tiempo, estaba en el ala derecha de la Capitanía General.

Además, en la parte de atrás de la Cárcel, había cuatro ventanas con unas enormes rejas de hierro que en las mareas altas quedaban sumergidas, lo que nos hacía pensar, en nuestra imaginación infantil, que los presos debían pasarlo muy mal. Esa debía de ser también la opinión de las autoridades, que no se atrevían a meter a los presos políticos en semejante sitio. En efecto, en aquellos tiempos a los presos políticos los encerraban en el Castillo de San Antón.

La Cárcel se encontraba donde está ahora el Hotel Finisterre (foto n° 1).

Siempre pensé que el Sr. Casteleiro se había hecho con ese solar por los servicios prestados al "glorioso movimiento".

(Véase el libro *Galicia bajo la bota de Franco: Episodios del terror blanco en las provincias gallegas contados por quienes lo han vivido*. Libro editado por Jean Flory en París en 1938). De este libro conservaba también la versión en castellano, pero cometí la torpeza de prestárselo a Luis Romero, autor de "TRES DIAS DE JULIO" y no me lo devolvió. Menos mal que tuvo la amabilidad de hacerme llegar sus libros, EL CA-CIQUE y el mencionado más arriba, debidamente dedicados.

En la misma foto n° 1 puede verse la playa del Parrote en marea llena. Esta playa era la más democrática de La Coruña, pues lo mismo se bañaban en ella los hijos de la aristocracia de la Ciudad Vieja que los de clase media e incluso los hijos de los obreros y los obreros mismos de la Maestranza en sus horas libres, hasta que se edificó el Club Náutico al que, desde entonces, acudieron los aristócratas, pero sin perder el contacto con la playa a la que se acercaban con los botes que les proporcionaba el Club.

No sé cuándo se inauguró la nueva Cárcel que aun existe hoy en las inmediaciones de la Torre de Hércules, pero sí sé que en Diciembre de 1930 fuimos a visitar, mi padre y yo, a Don Gerardo Abad Conde, que estaba preso en ella, pues las autoridades de la época consideraban que estaba complicado en la sublevación que los capitanes Galán y García Hernández habían efectuado días antes en Jaca.

Abad Conde fue Ministro y acabó sus días cuando los anarquistas asaltaron la Cárcel Modelo de Madrid, en plena Guerra Civil, donde estaba detenido con otras personalidades a las que el Gobierno de la República quería proteger, en los primeros tiempos, de los desmanes de los grupos de incontrolados.

No pensaba yo que iba a visitar luego a presos de la familia en repetidas ocasiones. En Octubre de 1934 a mi padre, acusado de rebelión militar; en 1936 a mi padrino, Domingo Quiroga Ríos, también acusado de desacato al régimen militar y con el agravante de pertenecer a



Foto n° 2.- El Castillo de San Antón al fondo y el botero en primer plano.

la masonería; en 1937 a mi tío Antonio, por el simple hecho de ser hermano de mi padre; en 1939, y en los días que mediaron entre mi fuga del Campo de Concentración de Albaterra de Catral hasta que se recibió en La Coruña la orden de detenerme, a mi hermana María Teresa, acusada, a los 16 años, de haber pertenecido al SIM (Servicio de Investigación Militar) durante la Guerra Civil, y por último en 1947, estando yo en libertad vigilada, a mi suegro, Constantino Castello, acusado de prestar ayuda a los guerrilleros (1).

Si a toda esta relación añadimos que, en Agosto de 1917, mi padre pasó una temporada en el Castillo de San Antón, como preso político, puede darse cuenta el lector que mi familia estuvo siempre en la izquierda moderada del panorama político español.

Mi hermana Amparo, la mayor, recordaba al botero que venía todos los días a recoger la comida para mi padre y lo que invariablemente repetía: Señora: el preso está bien y espera regresar pronto a casa (ver en foto n° 2 al botero y al Castillo cuando aun era una isla).

Había un Lavadero Público (foto n° 3)

entre Capitanía y el Jardín de San Carlos al que iban a lavar la ropa las mujeres de la clase obrera de la Ciudad Vieja. Ni que decir tiene que el que quisiera enterarse de lo que pasaba en el barrio no tenía más que acercarse a este Lavadero en la seguridad de que iba a oír, a voz en grito, a las mujeres comentar lo habido y por haber sin el menor recato y, desde luego, sin ningún respeto por nada ni por nadie.

Un poco más allá de este Lavadero, en el espacio que había detrás del Hospital Militar hasta la Puerta de San Miguel (ver foto n° 4) y el día de Viernes Santo, después de la Procesión del Encuentro que, si no recuerdo mal, se celebraba a las siete de la mañana, las mozas de las clases humildes de la Ciudad Vieja iban a saltar a la cuerda y los mozos las acompañaban y solían tomar anís y comer churros calientes. Ni que decir tiene que a media mañana había unas cuantas borracheras y hasta peleas, que inmediatamente cortaban los que aun estaban serenos.

Esta costumbre se acabó con el comienzo de la Guerra Civil.

\*\*\*

(1) La orden de detención contra mí, llegó un sábado por la mañana a la Audiencia de La Coruña, pero tuve la suerte de que fue a parar a las manos de un masón amigo de mi padre, el cual me avisó inmediatamente a través de mi tío Antonio y le prometió no darle curso hasta bien entrada la mañana del lunes, lo que me permitió preparar tranquilamente mi escapada.

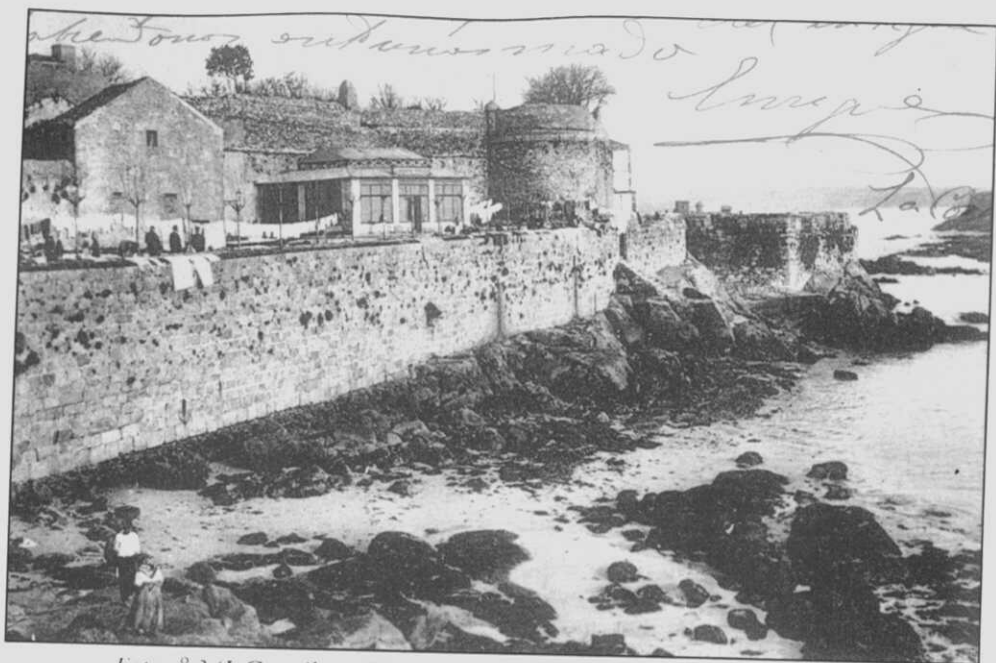


Foto nº 3 (J. González).- El Parrote con el Lavadero y las antiguas murallas.

Una mañana en que estábamos mi hermana María Teresa y yo con mi madre en el Jardín de San Carlos, vimos llegar a dos jóvenes acompañados por un señor de unos cincuenta años. Mi madre nos dijo enseguida que se trataba del Príncipe de Gales, de su hermano Jorge y del Cónsul de Inglaterra en La Coruña, Sr. Guyat. El entonces Príncipe de Gales subió al trono inglés en 1936 con el nombre de Eduardo VIII. Reinó unos meses y abdicó en favor de su hermano, el cual ocupó el trono con el nombre de Jorge VI al que sucedió en 1952 la Reina Isabel II.

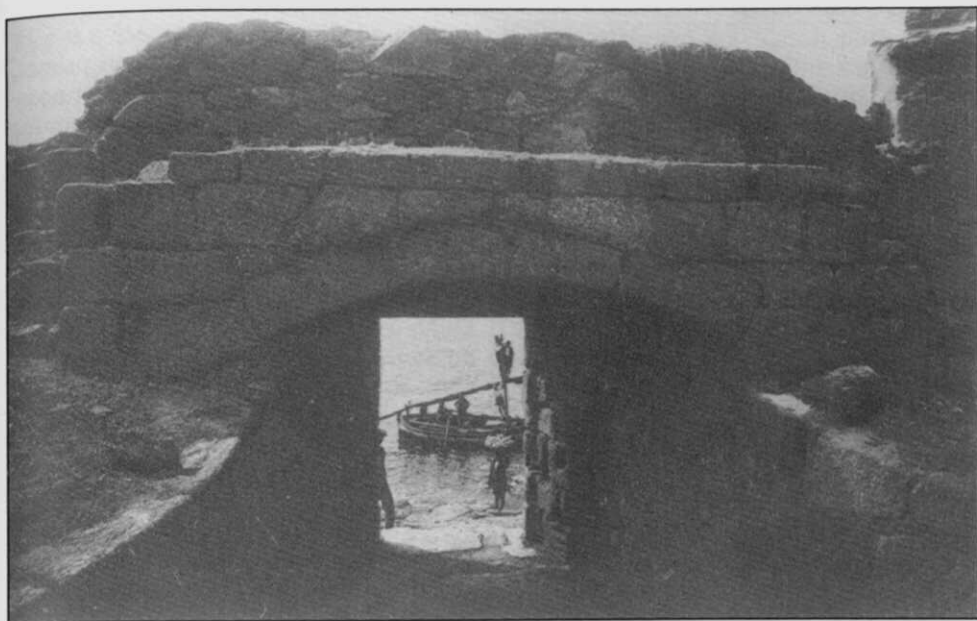
En lo que antecede pensé muchas veces, sobre todo en los últimos años, cuando me di cuenta de verdad, de que había tenido ante mí a los herederos del trono de Inglaterra, acompañados, únicamente, por su Cónsul en La Coruña, cuando, desde hace muchos años, cualquier jefe de gobierno del más pequeño y pobre país al desplazarse lleva con él una formidable escolta de guardaespaldas.

En la foto nº 5 puede verse la parte de atrás, la que da al mar, del convento de San Francisco. Toda esta zona costera,

por donde creo que va el Paseo Marítimo que proyecta el actual Alcalde de La Coruña (digo creo porque, desgraciadamente, mi enfermedad me retiene en casa desde hace siete años) era una zona que conocía como la palma de mi mano, pues en ella, cuando la marea bajaba, pasábamos la mayor parte de nuestro tiempo libre. Cada peña, cada hueco, tenía su nombre. Recuerdo, por ejemplo, "La Cuna de la Virgen"; "El Puente y la Cueva de la Sirena", que estaba detrás del Cuartel de Sanidad y que debía su nombre al hecho de que allí muriera ahogado un carabinero, según decían atraído por los cantos de la sirena que lo habitaba; el "Pozo de los Estudiantes" ya cerca del Cementerio de San Amaro, en donde al parecer habían muerto, también ahogados, cuatro estudiantes.

En lo que se refiere al Convento de San Francisco, nos decían los mayores que se metían por unos agujeros que daban precisamente a la zona que se ve en la foto, que allí se encontraban las mazmorras de la Santa Inquisición.

Un poco más allá de esta zona, hacia el Campo de la Estrada, había una pe-



*Foto n° 4.- Puerta de San Miguel.*

*Foto n° 5.- La iglesia de San Francisco en su antigua ubicación.*





queña cala donde los operarios de la Maestranza tiraban los cargadores de los fusiles Mauser que, en aquellos tiempos, utilizaban todos los ejércitos del mundo. Entre ellos se encontraban algunos de un metal que a mí me parecía estaño o cinz y que pagaban los chatarreros a 20 ó 25 cms. el kg. Cuando la marea lo permitía, los muchachos de las familias modestas de la ciudad iban a bucear y sacar puñados de cargadores que otros muchachos seleccionaban, separando los buenos, los que se pagaban, de los que no servían.

En el Campo de la Estrada y alrededor de la telegrafía sin hilos militar (véase en el plano su ubicación) existían grandes espacios libres que nosotros utilizábamos para jugar al fútbol, poniendo como porterías las ropas que nos sacábamos para jugar. En estos campos de fútbol improvisados (y digo campos porque en aquel espacio se podían jugar 6 ó 7 partidos a la vez) vi por vez primera a la célebre Irene, una chica que jugaba de portero en un equipo de hombres y lo hacía tan bien que me dijo Lolo de Llano (Bocelo) que él la había visto jugar en el viejo Campo de Riazor (véase plano) en un partido de entrenamiento del Deportivo. Los pequeños cantábamos lo siguiente:

*Mamá, futbolista quiero ser,  
y en el equipo de Irene,  
que para muy bien.*

En el Campo de La Estrada jugaban equipos de todos los barrios de La Coruña. Incluso llegué a ver jugar, ya en la década de los años treinta, a un equipo de la CNT (Confederación Nacional del Trabajo), sindicato muy fuerte en los tiempos de la Monarquía y luego de la Segunda República, que vestía los colores rojo y negro de su bandera. Algunos de los componentes de este equipo pagaron con sus vidas la aventura aquella y otros la pagaron con la cárcel donde los metieron los militares sublevados contra el legítimo Gobierno de la República.

\*\*\*

A la edad de 5 años empecé a ir a la escuela. Siempre recordaré a mi primer maestro, Don Melchor, con su hermosa barba blanca y su aspecto imponente. Debo decir aquí que tanto mis hermanas como yo mismo hicimos, por voluntad expresa de nuestros padres, los estudios primarios en escuelas públicas.

Mis hermanas, en la escuela que había en la calle de Panaderas y que regentaba Doña Teresa Torrén, y yo en la cuesta de San Agustín con el citado Don Melchor. Estaba esta escuela en medio de la cuesta. En el bajo tenían su local los Exploradores de La Coruña y daba por la parte de atrás a las caballerizas municipales, muy cerca del viejo Ayuntamiento que estaba en el lateral de la Iglesia de San Jorge (ver foto nº 6).

En las caballerizas, que por cierto olían bastante mal, se guardaban las mulas que utilizaba el Ayuntamiento para tirar por los carros que recogían la basura. Recuerdo que las mulas llevaban una campana que iba anunciando el paso de los basureros, y que éstos, al pasar por las inmediaciones de nuestra casa, agarraban el badajo de la campana para que no sonara, porque sabían que mi padre regresaba de la redacción de La Voz de Galicia a las cuatro o las cinco de la mañana y que tenía que incorporarse a su puesto del Ayuntamiento a las nueve de la mañana.

Don Melchor, mi primer maestro, tenía una costumbre que consistía en confiar a los recién llegados a los cuidados de los que estaban a punto de abandonar la escuela para que éstos enseñaran a los pequeños las primeras letras. Yo tuve la suerte de que me asignaran para este menester a Juan Naya, el actual Cronista de La Coruña, que me trató y enseñó a leer estupendamente.

Pronto, al ir creciendo los hijos, la casa en que vivíamos nos quedó pequeña y nos cambiamos a un piso, el primero, de la casa nº 15 de la calle de la Puerta de Aires, enfrente del atrio de la Colegiata de Santa María del Campo. Allí, en el atrio, jugábamos mis hermanas y yo con los hijos de los vecinos; desde la Doctora

Carmen Fernández Gago, pasando por el hoy abogado José Luis Mosteiro, hasta los hermanos Maquieira o Caridad, hijos de humildes obreros (véase foto nº 7).

Obsérvese que existía una pequeña muralla que separaba los dominios de la iglesia de la calle en sí. Ahora tal muro no existe y el atrio se amplió hasta las casas.

Allí asistí a la llegada del primer tranvía, el nº 5 que iba desde nuestra casa hasta Monelos. ¡Menuda fiesta, con baile y todo, celebramos aquel día!

Me hice muy amigo del campanero de Santa María (el Sr. Real), quien incluso me permitía tocar a muerto y al que ayudaba a repicar las campanas en las fiestas solemnes. El Sr. Real se ocupaba de todas las campanas, incluso se ataba a las piernas las cuerdas de un par de ellas y yo me encargaba de la gran campana tirando del, para mí, enorme badajo, cuando el Sr. Real me hacía una señal con la cabeza. A cambio yo le iba a comprar los "macillos de mataquintos" que fumaba y que exigía a la estanquera que estaba en el nº 1 de Puerta de Aires, que tuvieran una calavera dibujada en el envoltorio del macillo, y que costaban 10 cms. los catorce cigarrillos.

El conductor del tranvía esperaba por mi hermana todos los días e incluso le permitía llevarlo hasta el Campo de la Leña, donde tenía la primera parada.

Yo acompañaba a mi abuela Adela una vez al mes, para que cobrara su pensión de maestra. Antes íbamos a hacerle una visita a la Virgen del Portal, en la Colegiata, y luego tomábamos el tranvía hasta la Capilla de San Andrés. Allí yo me adelantaba para que mi abuela no tuviera que estar mucho tiempo en la cola y cuando ella llegaba cobraba casi inmediatamente. En aquel tiempo Hacienda estaba donde está ahora el Gobierno Civil, pero se entraba por la Calle Real.

Cuando yo era niño, las mujeres de mi calle, no todas claro está, bajaban con la silla en la cabeza a buscar agua a la fuente que estaba en la Plaza de Azcárraga y a nosotros nos venía, todos los jueves la lavandera con su burro desde Vilaboa,



Foto nº 6.- Iglesia de San Jorge.

supongo que a pie, a llevarse la ropa sucia y a entregar la limpia. Era una antigua alumna de mi abuela, que había sido maestra en Vilaboa, aldea en la que nació mi madre. También venía todos los días la lechera.

\*\*\*

Cuando ya leía bien, recuerdo que todas las noches, con una veintena más de chiquillos, iba a la Biblioteca Municipal que estaba en el segundo piso del actual Ayuntamiento. Era bibliotecario Don Ángel del Castillo, íntimo amigo de mi padre, quien me guiaba en la elección de los libros. Estábamos en la Biblioteca dos o tres horas durante las cuales, a pesar de que todos éramos niños, no se oía el volar de una mosca.

Luego, a los 8 ó 9 años empezó a llevarme mi padre en sus acostumbrados paseos los domingos por la tarde. Hacíamos siempre el mismo recorrido. En primer lugar íbamos a visitar a mi abuela paterna que vivía en la calle de Orillamar nº 16. Luego hacíamos una parada en lo que se llamaba "Parque Dans" que



*Foto nº 7.- Iglesia de Santa María del Campo con la muralla que definía sus dominios.*

eran unos pequeños jardines que estaban enfrente del Cementerio de San Amaro en los que estaba instalada una cervecería (véase plano y foto nº 8). Allí tomábamos unas cervezas y unas aceitunas o un poco de jamón serrano y seguíamos nuestro paseo por la carretera de circunvalación.

Mi padre me hablaba siempre de lo que sucediera en los lugares que recorríamos. Así, nada más dejar la cervecería, me explicaba que, enfrente también del Cementerio, había un local poco recomendable, conocido en La Coruña por "El Baile de la Puñalada".

Luego, al llegar a la Playa de San Amaro, me decía que allí se había suicidado el poeta Aguirre y se refería a los fines defensivos que tenía el castillo que allí había y que desapareció cuando se construyó el nuevo Club de Mar. Digo el nuevo Club de Mar porque el primitivo, el que trataban de construir los obreros de las barriadas próximas a la playa y que tuvieron que dejar de construir al empezar la Guerra Civil, respetaba el Castillo, porque estaba situado enfrente de la pla-

ya y era una construcción bastante modesta (ver en la foto nº 9 el Castillo y el Polvorín que existía en lo que hoy es la Urbanización de Adormideras).

Delante del polvorín se encontraba el tristemente célebre Campo de la Rata, y digo tristemente célebre porque allí fueron ejecutados, mejor es decir vilmente asesinados, cientos de coruñeses de pro. Por no hacer la lista muy larga, citaré sólo unos cuantos de estos coruñeses: el Alcalde de La Coruña, Alfredo Suárez Ferrín; el Gobernador Civil, Pérez Carballo; los jefes de la Guardia de Asalto, Quesada y Tejero; los Diputados a Cortes, Srs. Guzmán y Miñones; el Secretario del Ayuntamiento, Joaquín Martín Martínez; el funcionario del Gobierno Civil, Leovigildo Taboada; el del Ayuntamiento, Francisco Prego; Ramón Masada, Presidente del PSOE; Mazariegos, militante socialista como los hermanos Bebel y Francés García.

Aparte de éstos, a los que sometieron a un simulacro de juicio, aparecían muertos en las carreteras cercanas a La Coruña centenares de asesinados, mujeres





Foto nº 8 (Blanco).- Vista aérea.

y hombres indistintamente, entre los que citaré, a guisa de ejemplo, a la esposa del Gobernador, que por cierto esperaba un bebé, a la maestra de Miño, a la esposa de Mazariegos, al sastre Huici, al librero Eirís y al joven Jaurés García, hermano de los anteriormente citados Bebel y Francés.

Para más detalles, recomiendo la lectura del libro que cito al principio de estas líneas y si se quiere leer en lo que se basaban los rebeldes para cometer tanto crimen, véase el libro Galicia y el Movimiento Nacional, debido a la pluma del Canónigo M. Silva Ferreiro, editado en Santiago de Compostela; impreso y encuadernado en los talleres del Seminario Conciliar en 1938.

\*\*\*

Me decía Don Manuel Casás, que fue defensor de algunos de los asesinados, en su despacho de Presidente de la Academia Gallega cuando ésta tenía sus locales en el Palacio Municipal, que antes de solicitar sus servicios, los acusados se habían dirigido a M. I. C., célebre abogado de La Coruña que, además, era muy amigo de ellos, pero que se había negado a defenderlos por miedo a lo que le pu-

diera pasar a él. Años más tarde, cuando yo estaba ya en libertad vigilada, me dirigí al Sr. M. I. C. pidiéndole apoyara mi solicitud de trabajo en una empresa que dependía de él y de otro señor muy de derechas, asegurándole (y era rigurosamente cierto) que el otro Señor había dado su visto bueno, y M. I. C. me dijo textualmente que era muy comprometido para él darle trabajo a un "rojo" y que, por lo tanto, no podía acceder a lo que yo le pedía.

\*\*\*

Mi padre y yo, ajenos a lo que iba a ocurrir en el Campo de la Rata en los últimos años de la década de los treinta, continuábamos nuestro paseo e íbamos a ver los petroglifos de Punta Herminia y Monte Alto. El de Punta Herminia era una gran piedra alargada y casi llana que se veía desde la carretera y tenía grabados casi una treintena de círculos con unas cruces de una o dos aspas transversales. Mi padre me decía que cada círculo representaba una familia y que las cruces simples eran los hombres de que se componía dicha familia y que las que tenían dos aspas eran las mujeres.

El conjunto de círculos eran las fami-



Foto n° 9.- Castillo y polvorín en lo que hoy es la urbanización de Adormideras.

lias que componían la tribu allí instalada.

Supongo que ya no quedará ni rastro porque, hasta hace muy poco, estuvo ocupada Punta Herminia por los militares quienes, parece ser, hicieron obras destinadas a la defensa no sé de qué.

El petroglifo de Monte Alto era completamente distinto, pues se trataba de una piedra de, aproximadamente 1,5 m. x 1,5 m. que estaba situada en sentido vertical y también con cruces de una y dos aspas, pero, creo recordar, que sin círculos que las separases y con una figura en el centro de la que mi padre me decía que representaba un hombre a caballo.

Cuando estudiaba segundo año de bachillerato y en los días en que el profesor de Geografía e Historia enfermó, nos dio clase Don Ángel del Castillo, el cual tuvo una tarde la idea de llevarnos a ver estos petroglifos, y pude comprobar que su punto de vista con referencia a estas piedras coincidía con el de mi padre.

\*\*\*

En el año 1926 ó 1927 fuimos, mi padre y yo, a despedir a mi padrino que nuevamente embarcaba en el "Cristóbal Colón" con destino a La Habana. Recuerdo que tuvimos que ir en una lancha,

como las que aparecen en la foto n° 10, hasta el barco fondeado en el medio de la bahía coruñesa, porque el calado de los muelles no le permitía acercarse a ellos. Los equipajes y las provisiones del trasatlántico las acercaban por medio de unas grandes gabarras que servían para cargar y descargar exclusivamente. Desaparecieron cuando se construyeron nuevos muelles con mayor calado. Me pareció inmensamente grande el "Cristóbal Colón" (ver postal n° 11).

\*\*\*

Además de a la escuela, iba todos los domingos al catecismo a la Iglesia de Santo Domingo. A su derecha estaba el Depósito de la Paja y el Grano que el ejército empleaba para alimentar a los caballos y mulas que necesitaba, hasta que construyeron unos mucho más amplios en el fondo del Campo de La Estrada. A la izquierda, entre la Iglesia de Santo Domingo y el Convento de Santa Bárbara, no había nada más que un campo en el que jugábamos los niños del barrio. Cuando regresé a La Coruña después de estar unos años escondido vi, con el natural asombro por mi parte, que ese espacio libre ya no existía y que en su lugar se alzaba un muro de piedra por ambos lados, es decir: por la carretera de la



Foto nº 10.- El Muelle de la Dársena.

Foto nº 11 (Ferrer).- La Dársena.



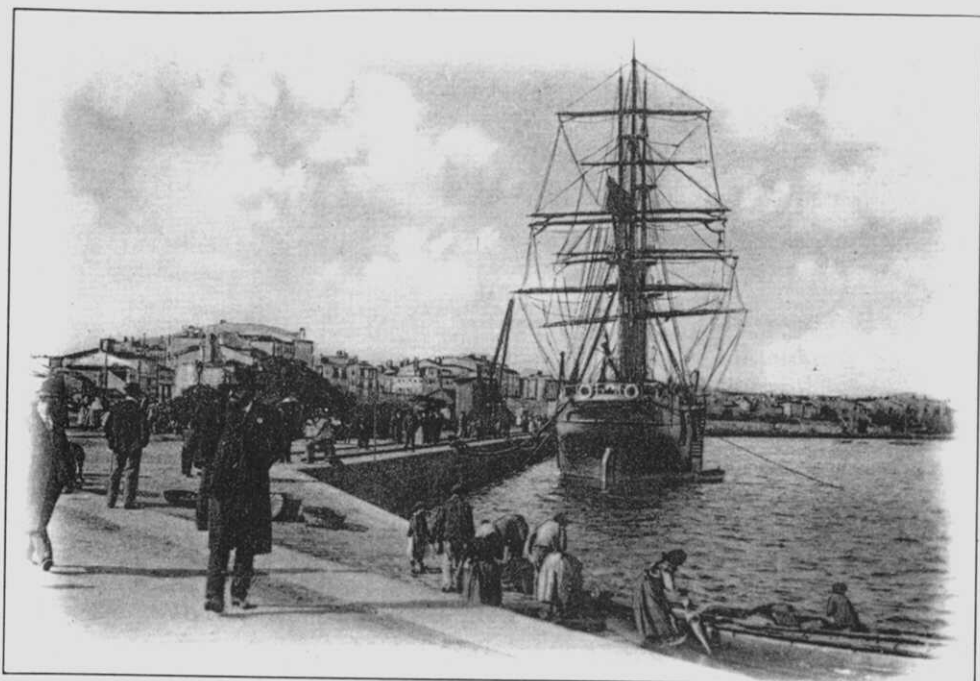


Foto n° 12 (J. González).- Muelle de Garás.

Maestranza y por la plaza de Santo Domingo. También me enteré de que el edificio que estaba enfrente de la Colegiata de Santa María, y al que nosotros llamábamos de los Tomasinos, pertenecía a la familia del General Franco.

A este edificio nos llevaban los frailes dominicos de vez en cuando a presenciar la proyección de alguna película e íbamos con nuestras familias a las representaciones teatrales que hacían compañías de aficionados.

Hice mi Confirmación en Santa María y mi Primera Comunión en Santo Domingo. Me acompañaba en esta última ceremonia solamente mi madre y luego nos fuimos tranquilamente para nuestra casa de la calle de la Puerta de Aires.

\*\*\*

Pero volvamos al plano. Obsérvense las "leiras" que existían en el año 1920 y siguientes en lo que hoy es Avda. de Fernández Latorre y que los viejos coruñeses llamamos siempre Garás (ver en la foto n° 12 el aspecto que ofrecía el

Muelle de Garás en aquel tiempo).

También se pueden ver en el plano y en la foto n° 13 las pequeñas casas de lo que hoy es la Avda. de Primo de Rivera.

De lo que era en los años 20 la calle de Juan Flórez da fe el plano, porque la foto n° 14 está tomada en la década de los 30, ya que aparecen en ella lo que los coruñeses conocíamos como Parque del Sporting Club a la izquierda, y a la derecha un garage con dos "G" que recuerdo perfectamente. Digo garage con "G" porque así se escribió durante muchos años por ser palabra tomada del francés. Recuerdo que mi padre (y lo cito porque sé que conocía el castellano como nadie) me enseñaba que todas las palabras que terminaban en aje, se escribían con j, con las excepciones de ambage y garage.

Recuerdo que por la calle de Juan Flórez, salían los automóviles que abandonaban la ciudad desde la Plaza de Pontevedra rumbo a Monelos y que había una fábrica de cerillas que no logró localizar en el plano.

Comprobamos la existencia de dos molinos en lo alto del Monte de Santa



Foto n° 13. "Santa Lucía. Muelle Nuevo".

Margarita, donde estaba ubicada la Plaza de Toros, así como el viejo Campo de Fútbol de Riazor, al final de los jardines que bordeaban la playa.

Véanse, también lo pequeñas que eran las aldeas de San Roque de Afuera, Labañou y San Pedro de Mezonzo, y de cómo empezaba a construirse en la Ciudad Jardín.

Empecé a ir a los partidos de fútbol en Riazor, cuando el Deportivo venció al Madrid por 2-0 en partido de copa. Mi padre, que no era aficionado, me daba todos los domingos la entrada que le correspondía como periodista, y yo la aprovechaba con gusto.

Por cierto, coleccioné la historia del Deportivo que ofreció como suplemento La Voz de Galicia y noté que los autores habían omitido, por error o por vergüenza, que en el partido que siguió al Deportivo-Madrid, jugado por los coruñeses contra el Español de Barcelona, y que terminó con un empate a 3 goles, al finalizar el partido el público invadió el campo de juego y golpeó al árbitro,

que me parece recordar que se llamaba Balaguer, hasta que la Guardia Civil lo puso a salvo.

Hacia lo que son los Cuatro Caminos, se observan en el plano algunos árboles. Eran los que estaban en la fábrica de cerveza La Estrella de Galicia que allí, bajo los árboles, despachaba la cerveza a quien quisiera tomarla.

En la foto n° 15 puede verse el Castillo de San Diego. Decían que desde este castillo hasta el de San Antón, en la antigüedad, extendían una gruesa cadena para impedir que los buques enemigos, si es que los había, pudieran entrar en el puerto, pero no sé si esto es cierto o no, porque nunca leí ni oí a nadie del que pudiera fiarme contar esta historia.

Antes de que me habituara a ir a ver jugar al Deportivo, iba todos los domingos a la sesión infantil del Salón París, cine que estaba y creo que aun está, en el comienzo de la Calle Real. Allí veíamos sobre todo películas de Tom Mix, un vaquero célebre, y en episodios largos las aventuras de Búfalo Bill, además de las





*Foto n° 14.- "Calle de Juan Flórez".*

de Charlot, Buster Keaton, Harold Lloyd y otros cómicos del momento (ver foto n° 16).

También de vez en cuando acompañaba a mi abuela e íbamos al cine a los bajos del edificio de La Terraza, con la particularidad de que al tiempo que veíamos la película podíamos tomar café con leche o chocolate con churros porque las películas eran mudas, y los camareros se movían y atendían las mesas en silencio. El telón estaba lo bastante alto para que todos pudiéramos presenciar el espectáculo con comodidad.

En el plano y en las postales n° 17, 18 y 19 el lector puede darse una idea de lo que era la Avda., ó mejor calle de La Marina y el muelle de la Ciudad Vieja en los años veinte.

También iba con mi padre a ver como avanzaban las obras del Cine Hércules en la calle del mismo nombre. Aunque le pregunté repetidas veces qué interés tenían para él dichas obras, siempre me contestó evasivamente y tuve que esperar a que se alzaran los militares contra la República para saber la verdad.

Allí, en el Cine Hércules, se estaban construyendo las logias masónicas que albergaron durante unos años a los pocos pero selectos masones coruñeses.

Antes de ir al Cine íbamos a visitar a Matías para ver si tenía algún libro que pudiera interesar a mi padre. Matías era un hombre que tenía un negocio de compra-venta de libros en una de las chabolas del Campo de la Leña. Las otras las ocupaban mujeres que se dedicaban a comprar y vender muebles, ropas y objetos viejos y que llamábamos en La Coruña "chambonas" (ver en foto n° 20 las chabolas en cuestión).

Hay aspectos de La Coruña de los años 20 que no figuran en el plano que dio origen a estas líneas, pero que, gracias a las postales que me proporcionó Javier Fuentes, me permito traer aquí.

En la postal n° 21 puede verse a La Coruña desde el Alto de Eirís y en la n° 22 desde Oza.

Y, para acabar con las postales que seleccioné, una vista en la 23 de la Playa de Santa Cristina de los tiempos en que íbamos a ella en los vaporcitos a motor que



Foto nº 15. Vista general con el desaparecido Castillo de San Diego.

salían de los muelles de La Coruña o en el tranvía hasta las Jubias y allí, para cruzar la ría, en lancha hasta la playa.

Y en la nº 24 aparece la Plaza de la Constitución (hasta hace poco del General Franco) con la parte posterior de la Iglesia de Santiago, una casa en ruinas que recuerdo perfectamente, la del Conde Canillas.

Cuando aun vivíamos en la calle de la Puerta de Aires (luego, en 1933 nos fuimos a vivir al no 21 de la calle de Panaderas) yo solía ir, el día de Nochebuena, a buscar a mi padre, antes de cenar a la redacción de La Voz de Galicia que estaba en lo que hoy se llama calle de María Barbeito, haciendo esquina a la Marina, pues ese día tiraban el periódico del día 25 antes de que la gente que trabajaba en La Voz de Galicia marchase a casa a celebrar la Nochebuena.

La redacción del periódico estaba en el primer piso de la casa, en un salón rectangular de unos 10 ó 12 metros de fondo por 4 ó 5 de ancho en el que estaban las mesas del director y de los redactores. La del director al fondo y a cada lado 5 ó 6 mesas para los redactores. Reinaba un silencio verdaderamente impresionante, porque los redactores escribían a pluma sus trabajos. No había ni una máquina de



Foto nº 16 (Única). La Calle Real.

escribir y solamente a largos intervalos se oía, en un cuartucho que estaba a la izquierda de la entrada, un tecleo que parecía de máquina de escribir. Mi padre



*Foto nº 17.- La Marina.*

*Foto nº 18.- Otro aspecto de La Marina con el Teatro Rosalía de Castro al fondo.*





Foto nº 19.- "Muelle de la Ciudad Vieja".  
Foto nº 20.- "Campo de la Leña y calle de la Torre".

me explicó que se trataba de un teletipo con el que recibían de Madrid las noticias importantes, lo que a mis años, me parecía casi un milagro.

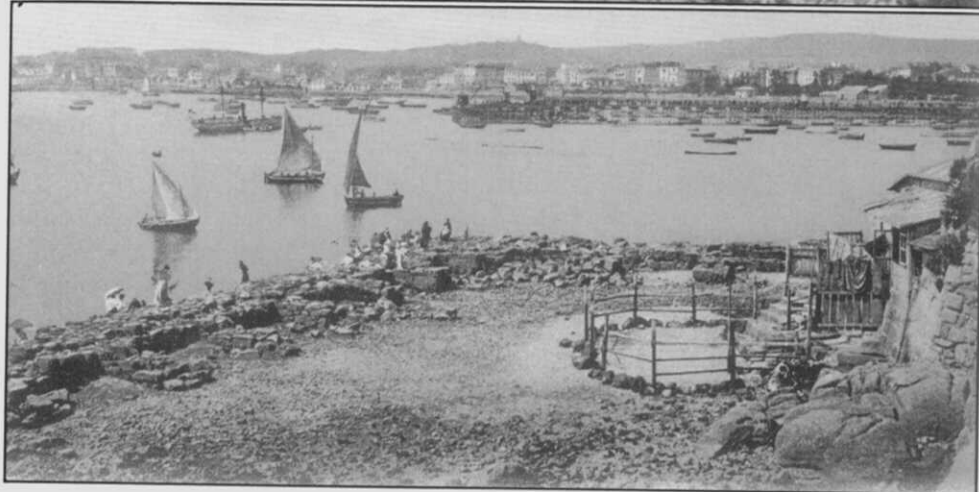
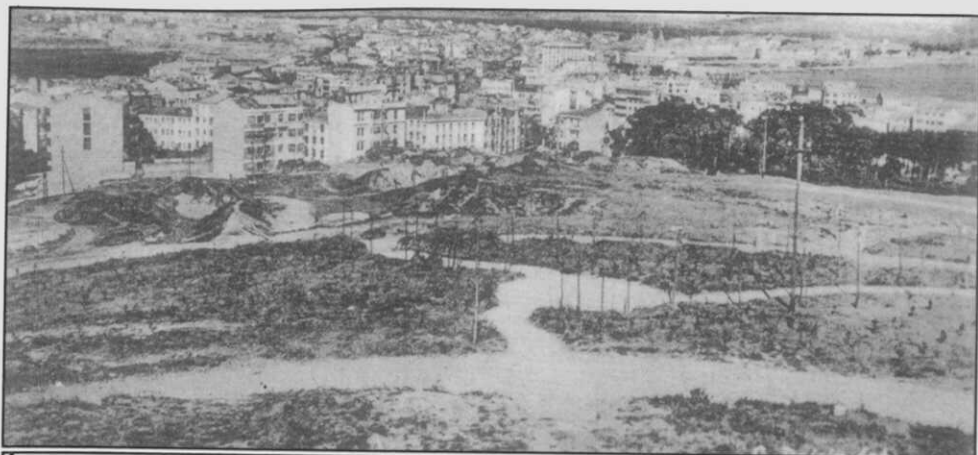
Los redactores y el propio director, Don Alejandro Barreiro, me saludaban con cariño, lo que me tranquilizaba un poco, porque todos ellos, sin excepción, me infundían un respeto que casi era miedo.

En la foto que incluimos aparecen los componentes de la redacción de La Voz y los colaboradores esporádicos, Don Enrique Hervada y Rof Codina, así como el que creo era administrador Sr. Julio Rodríguez, por el orden siguiente:

De izquierda a derecha, sentados: Me-  
relas, Martínez Morás, el Doctor Herva-

da, el director Don Alejandro Barreiro, Rof Codina y César Alvajar, mi padre. De pie: Manuel Díaz, Nito (el de los apropósitos del Carnaval), Carballo Tenorio (que, como mi padre, era funcionario municipal), Augusto Barreiro (hermano del director), Julio Rodríguez y Blanco Meizoso. Total, 8 redactores fijos, uno de los cuales, Manuel Díaz, hacía de reportero, y un director, más dos colaboradores esporádicos.

Nos contaba mi padre, a mi esposa y a mí, que una noche despertó sobresaltado (ya estaba en el exilio y en París) y vio a Don Alejandro Barreiro sentado en un sillón que estaba a los pies de la cama en la que dormía mi padre y con el semblante tranquilo. A mi padre le pareció como



*Foto n° 21.- Vista general.*

*Foto n° 22.- La Bahía.*

si Don Alejandro quisiera hablarle, pero se limitó a sonreír y al cabo de unos, largos para mi padre, dos minutos, desapareció.

Mi padre quizás recordase sus años mozos en los que había fundado y sido el primer medium del primero, y creo que único, Centro Espiritista que hubo en La Coruña; tomó nota del día y de la hora en que se le apareció en su habitación el Sr. Barreiro y pudo comprobar meses después, en una de las visitas que le hacía regularmente el hijo de Barreiro (que trabajaba en una empresa turística acompañando excursiones de coruñeses en los viajes al extranjero), que en el mismo momento de la aparición moría en La Coruña Don Alejandro. No sé si además

de los lazos que les unían como director y redactor jefe existían otros más íntimos, pero al ver con atención la foto que reproducimos y comprobar que sólo ellos tienen la mano derecha en el corazón por debajo de la chaqueta, casi me atrevería a decir que sí, que los unían otros lazos más estrechos ...

No dejábamos los locales de La Voz sin ir antes a desearles felices pascuas a los operarios que manejaban la rotativa y a los linotipistas. Uno de éstos últimos me hacía un plomo con mi nombre y mis apellidos, plomo con el que yo presumía en la escuela y con los demás niños del barrio.

Del Doctor Hervada guardo un recuerdo imborrable porque, además de





*Foto nº 23.- Playa de Santa Cristina.*

*Foto nº 24.- Plaza de la Constitución.*

ser íntimo amigo de mi padre, era nuestro médico de familia.

Los republicanos coruñeses, el 14 de abril de 1931, fecha en que se proclamó la Segunda República, le encargaron la difícil tarea de ponerse al frente de la muchedumbre que festejaba el acontecimiento, consiguiendo que no hubiese desmanes debidos al entusiasmo o a algún incontrolado. Y le eligieron precisamente a él porque las gentes humildes de La Coruña, además de respetarlo, sentían por él gran afecto y admiraban su bondad y generosidad.

Recuerdo aquel día como si fuera hoy.

Yo también, a mis once años recién cumplidos, seguí a Don Enrique, mezclado con la multitud.

Lo primero que hizo el Dr. Hervada fue ir a buscar a la Banda de Música del Hospicio que dirigía el Sr. Del Prado (2) y que por la rapidez con que se incorporó a la manifestación nos dio a todos la impresión de que estaba esperando a que alguien fuese a buscarla. Luego, tocando Marsellesa, recorrimos media Coruña hasta terminar en la Plaza de María Pita sin el menor incidente. Allí, subido a la caja de un camión, el Dr. Hervada arengó a las masas, rogándoles que se dispersa-

(2) En aquellos días existían en La Coruña 3 bandas de música: la del Regimiento de Isabel la Católica (luego de Zamora), la de las Escuelas Populares Gratuitas y la del Hospicio. Además en esos años se creó la Orquesta de la Sociedad Filarmónica en la que tocaba, como primer violín, mi hermana Ana María.



Foto n° 25.- Redacción de La Voz de Galicia.

ran en paz y regresaran a sus casas.

Cuando la manifestación estaba iniciando la bajada a la cuesta de San Agustín, hubo un momento de gran tensión al aparecer 4 guardias civiles a caballo en sentido contrario a nuestra marcha. Se hizo un gran silencio en la multitud, paró de tocar la banda y salvó la situación un "Viva la Guardia Civil" que gritó Don Enrique y al que la gente respondió entusiásticamente: los guardias civiles siguieron su camino.

Al incorporarme al día siguiente a la escuela, el nuevo maestro que tuvimos después de Don Melchor, Don Francisco Bravo, nos sorprendió a todos al hacer-

nos jurar, como si fuésemos soldados, la nueva bandera tricolor.

Yo fui fiel a aquel juramento, hasta el punto de traerme de París la bandera que ondeaba en los balcones del Gobierno Republicano en el Exilio, presidiendo todos los 14 de Abril; la que acompañó a su última morada a muchos viejos republicanos que vivieron lejos de España, entre ellos al Presidente Martínez Barrio, al Ministro Salvador Etcheverría, al General José Riquelme, al Almirante Valentín Fuentes y a mi padre, entre otros.

Espero que mi familia la utilice el día que me entierren a mí. ♦